algo bueno, lo procura derribar y deshacer; si malo, á pura risa lo persigue, y si alguno le parece que se le va entrando al señor en la voluntad, por mil caminos le descompone. Estas y otras muchas cosas le dije yo de mi persona á la suya con cinco palmos de espada. Cuando yo esperaba una grande pendencia, el habladorcillo dió una carcajada de risa, con que el otro se indignó mucho más, y dijo: ¿Luego no es verdad lo que digo? Y el otro con una risa falsa le dijo: Eso y mucho más es verdad: y vuesa merced sabe poco de palacio, que aquí el doblez y la ficcion están en su lugar: no hay verdad, sino lisonja y mentira, y el que no la trata no puede valer en palacio. Desde que nací me crié en él, y aunque mi padre me avisaba de esto mismo, nunca le ví medrar, sino cuando decia mal de algun ausente, que como sea dicho con donaire, como él lo decia, alegra el ánimo, endulza el oido, atrae la voluntad, y saca risa de los pechos melancólicos. Y llevárase el diablo, dije yo, á quien lo dice, y á quien escucha, y á quien incita á que se diga, y á quien tiene tan ruin opinion, y á quien lo consiente, pudiéndolo estorbar que no se diga. Y querer nadie hacer ley de su mala condicion y costumbre en las cosas de palacio, es yerro notable y digno de castigo, que todos estos son actos que tienen su principal descendencia y orígen de la antiquísima casa de la envidia. Pasion infame, engendrada en pechos que piensan que el bien ajeno ha de redundar en daño suyo, desnudos de partes y merecimientos, la cual envidia es la más perniciosa de todas; porque como tiene su fundamento en un pesar del bien ajeno, todo el tiempo que dura en aquel la prosperidad, dura en este la malicia, y sin tasa ni eleccion, porque el mismo en quien se halla tan abominable inclinacion, en todo se opone: al menor, porque no se iguale, y al igual, porque no

le deje atrás, y al mayor, porque no le sujete. ¡Qué templado está á lo viejo! dijo el hablador. ¡Y qué destemplado está él á lo moderno! dije yo. Y prosiguió diciendo: ¿Entre los religiosos y religiosas, puede negarme que no son muy ordinarias las envidias sobre las elecciones de superiores, y oficios? Cuando las haya, que pocas veces las hay, dije yo, al fin son sobre cosas honradas, de mucha calidad é importancia para su Religion, y cada uno sigue el bando que más le parece conveniente para cosas de tanta substancia: pero en palacio, ¿sobre qué es la envidia, sino sobre unas calzas viejas que desechó el señor por más que viejas? ¿ó sobre hacerse secretario de lo que es público en la boca de todos? Pues quiero que entiendan los habladores y zizañeros de palacio, que ya con su argentería falsa pueden traer enlabiado al señor, en tanto que por la tierna edad se deja llevar de congraciadores, que al fin son descendientes de sangres alimentadas con virtud y valor de ánimo, y han de caer en la cuenta mejor que en el yerro, y conocer lo que es bien y mal, y premiarlo conforme á la intencion con que ha corrido. Preguntó aquel gentil-hombre: ¿Pues no ha de tener el Príncipe criados, que por la reputacion del señor sepan cumplir de palabra con los mercaderes, y entretener los acreedores á quien deben? Eso, dije yo, es lo que menos importa á los señores, porque los tales criados no mienten por entretener las trampas de los señores, sino por dilatar las que ellos hicieron á vueltas de ellos. Mas pregunto, ¿es forzoso que por estar un hombre ocioso y vicioso, ha de servir toda la vida, sujeto á las costumbres envejecidas de los que no pretenden más de vivir y morir, y por levantarse tarde y ejercitar la poltronería, han de estar todo el dia arrimados á la pared, como ánima de jiganton en puerta de taberna? Bien sé que no han

de ser todos soldados, ni todos estudiantes, oficiales y sacerdotes, que servirse tienen las gentes de las gentes y los Príncipes de los hombres que sean hombres, que no profesan la adulacion por comer y holgar. Estudien, lean, aprendan algo de virtud, que no ha de ser todo congraciarse con el señor, derribando al uno, desacreditando al otro, y amenazando á aquél, y enfadando á todos. Sobre cosas que no tienen más calidad, ni cantidad, que comer y pasearse, y á la vejez contar historias, que ni las vieron, ni las leyeron, ni aun quizá las oyeron, que la necesidad los hace inventores. Ya se me iba desatando el frenillo contra la vida de palacio, como el estómago estaba desocupado y las partes orgánicas obraban más desenvueltamente, cuando entraron achas encendidas, alumbrando toda la casa, que sirvió la visita de que por una saetía entrase la luz á la mesa de los doce pages, y acudiendo cada uno á sus obligaciones, quedé tan solo, que pude desamparar las mias en el tinelo, y deslicéme lo más calladamente que pude sin despedirme de nadie, ni hablar palabra, volviendo de cuando en cuando el rostro atrás, por ver si me seguian por la cosa que habia hecho en el regalo mondonguil, que no comí, ni comiera, y en verme libre de aquel carnero de huesos mondos, entendí que me habia escapado de alguna mazmorra de Argel. Fuíme á mi posadilla, que aunque pequeña, me hallé con una docena de amigos que me restituyeron mi libertad, que los libros hacen libre á quien los quiere bien. Con ellos me consolé de la prision que se me aparejaba, y satisfice el hambre con un pedazo de pan conservado en una servilleta, y á la dieta con un capítulo que encontré en alabanza del ayuno. ¡Oh libros, fieles consejeros, amigos sin adulacion, despertadores del entendimiento, maestros del alma, gobernadores del cuerpo, guiones para bien

vivir, y centinelas para bien morir! ¿Cuántos hombres de obscuro suelo habeis levantado á las cumbres más altas del mundo? ¿Y cuántos habeis subido hasta las sillas del cielo? ¡Oh libros, consuelo de mi alma, alivio de mis trabajos, en vuestra santa doctrina me encomiendo! Reposé aquella noche muy poco, porque como el sueño, que se dió para descanso del cuerpo, se hace de vapores cálidos y húmedos que suben del estómago, y manjar al cerebro, y yo estaba casi en ayunas, fué tan poco mi sueño, que á las seis de la mañana estaba ya vestido. Santigüéme, y encomendándome al Autor de la vida, fuíme á un humilladero del bendito Angel de la Guarda, que está de la otra parte de la puente Segoviana. El dia amaneció claro, y el sol grande, y de color amarillazo. Fuera de esto en un rebaño de ovejas que encontré cerca de la puente ví que los carneros se topaban unos con otros, y de cuando en cuando alzaban los ojos al cielo; eché de ver la tempestad que amenazaba al dia y díme prisa para volver pronto. Fuí á rezar, y en acabando llegó el ermitaño á mí, que me pareció ser hombre de buen discurso, y me dijo: No hará tan buen dia como hizo el del bienaventurado San Isidro, si se halló vuesa merced aquí. Sí me hallé, dije yo, y he conocido las mismas señales del mal tiempo, por donde este dia no se parecerá al otro. Cierto, dijo el ermitaño, que miré desde este alto, y se me representó con la mucha cantidad que habia de coches y carros, una hermosa flota de navíos de alto bordo, que me trujo á la memoria algunas que he visto en España y fuera de ella. En el mismo concepto, dije yo, estuve aquel dia que venia con un poco de gota, con el espacio y remanso que requiere tal enfermedad, y me acordé de la armada de Santander, que tan hermosa apariencia tuvo, y tan mal se logró. Llegando al medio de la puente me lla-

maron para subir en un coche dos caballeros del hábito eclesiástico, de muy gallardos entendimientos, acompañados de prudencia y bondad. Subí, y apenas estuve en el coche, cuando se alborotaron los caballos por una superchería que usó un hombre de á caballo con un hidalgo de á pié, de muy buena suerte, sobre haber sido estorbo para no hablar á su comodidad con una cuadrilla de cien mujeres que ocupaban un coche ageno, que en cogiéndole prestado cabe dentro todo un linage y toda una vecindad. Alborotada la flota carrozal, llegóse cerca de nosotros el autor de la pesadumbre, muy ufano de lo que habia hecho. Díjole uno de aquellos dos caballeros, Bernardo de Oviedo: Si fuera lícito á los hombres hacer todo lo que pueden, no se fuera vuesa merced riendo de la sinrazon que ha hecho. Respondió el otro: Vuesa merced no debe de saber qué cosa es ser enamorado. Á lo menos, dijo Bernardo, sé que el amor no enseña á hacer cosas ruines. Pasó acaso por allí el Maestro Franco con su mula, y dijo el agresor: No se desconsuele vuesa merced, que por lo menos ha granjeado la voluntad de doce mujeres, que con esa hazaña y doce pasteles de costa, irán á decir que vuesa merced es un Alejandro y un Scipion. ¿Huélganse conmigo, dijo el valiente? Pues vive Dios que si no fueran clérigos habia de pasar el negocio adelante. Pues por eso, dijo el Maestro Franco, lo hizo Dios mejor, que sin quedar vuesa merced descomulgado nos ha dado harta materia para reir.

Á todo esto estaba muy colérico cierto gentil hombre que iba allí, de buena conversacion y poca substancia, y dijo: ¿Es posible que ha tenido aquel hidalgo paciencia para no vengarse de su agravio, aunque le hicieran pedazos? ¿De cuál agravio? dijo Bernardo. Él anduvo muy bien en no hacer diligencia donde no habia de aprovechar, y los agravios que no caen sobre

materia, no tocan á la honra, ni aun á la ropa, si bien perturban el ánimo. Jugando suelen decir mil disparates los que pierden, como decir: cualquiera que se huelga que pierda, miente, y es un cornudo. Háse de reir de esto, porque nadie dió materia para la desmentida, y llámase materia la ocasion de agravio hecho con palabras, ó con obras, sobre que caiga la venganza. Si dándole á un jumento de varazos, le alcanzan á dar á un hombre, ó si jugando al mallo ó á los trucos le aciertan á dar un palo, no tiene de qué sentirse, porque aquel agravio no cayó sobre materia, y la paciencia en semejantes casos arguye mucho valor de ánimo. Ea, señor, dijo el otro, que la paciencia en tan notorias injurias descubre pocos hígados en quien ordinariamente la tiene. Por tres cosas, dijo Luis de Oviedo, tiene un hombre paciencia notable, ó por no entender bien las cosas del mundo, ó por templanza natural de condicion, ó por virtud adquirida de muchos actos; y el que sin estas tres cosas sufre injurias que no puede remediar, manifiesta invencible ánimo para ellas, y menosprecio para quien las hace. Al tiempo que acababa esta conversacion con el ermitaño, vi todo el cielo revuelto y turbado, fuíme á despedir para irme, y él me detuvo diciendo, que antes que acabase de pasar la puente me cogeria la borrasca: dentro de poco espacio fué tan grande la tempestad de truenos, ralámpagos y rayos, que la creciente en menos de media hora casi vino á cubrir los ojos de la puente, y fué forzoso cerrar las puertas del humilladero, que combatidas del aire, hicieron mucho en no rendirse á su violencia. Mejor está vuesa merced aquí, dijo el ermitaño, que no en el camino. Qué mejor, dije yo, que estando en la casa del mismo defensor de nuestras almas y cuerpos, criado para eso de la inefable bondad del Eterno Padre; más bien guar-

dados estamos que fuera de ella. Guarda á quien no solamente la heredad de Dios reverencia y conoce: pero aun la antigüedad, ciega de la lumbre de Fé, tuvo grande veneracion, dedicándole templos, y levantándole altares en nombre del génio, que así llamaban los antiguos al benditísimo Angel Custodio. ¡Jesus, y qué contínuos é inciviles truenos! ¡qué gruesa piedra! ¡qué perseverancia tan grande! Desde que yo vine á Castilla, nunca entendí que fuera tan sujeta á tempestades tan desatadas como las que muchas veces he visto, que en mi tierra, por ser llena de grandes montañas muy altas y sujetas á la fuerza de los vientos, no es tan de admirar que se vean estos tan arrebatados turbiones, mezclados con vientos y granizo. ¿De dónde es vuesa merced? dijo el ermitaño. Yo, señor, respondí, soy de Ronda, ciudad puesta sobre muy altos riscos y peñas tajadas, muy combatida de ordinario de ponientes y levantes furiosos; de manera que si fueran los edificios como estos, se los lleváran tormentas. Nunca he sabido hasta ahora, dijo el ermitaño, de dónde fuese vuesa merced, aunque le conocí en Sevilla, y le comuniqué en Flandes y en Italia. Miréle con cuidado, y haciendo refleccion, conocíle, que habia sido soldado donde dijo; holguéme, y abracélo, y supe de él que se habia retirado á la soledad de los montes algunos años á servir á Dios, y por haber enfermado se vino á poblado, ó cerca de él, á pasar la vida eremítica, dándole á Dios lo que le quedaba. Aunque la furia del argavieso no duró más de una hora, el agua que tras él se siguió duró sin cesar hasta el dia siguiente, con furia de vientos deshechos. El buen ermitaño se halló con carbon, encendió un brasero, é hízome quedar á comer con él, de lo que Dios le habia enviado por mano de gente muy devota, de que hay mucha abundancia en Madrid.

DESCANSO IX.

CERRADAS las puertas del humilladero, para defensa del viento, y encendido el carbon para la del frio, estaba el lugar abrigado y apacible, que el armonía que el aire hace con el ruido de las canales produce una consonancia agradable para las orejas y no para el cuerpo, que en esto se diferencia el oido del tacto, que hay cosas que tocadas son buenas, y oidas son malas, y al contrario. Comimos, y encerrados todo el dia con la oscuridad, la noche y dia fueron todo noche. Tornó el ermitaño á repetir su primera pregunta, y como estábamos ociosos, y encerrados, sin tener otra ocupacion, tratamos de lo que se nos ofreció. Preguntóme dónde habia estudiado, y cómo me habia divertido tanto por el mundo, siendo de una ciudad tan apartada del concurso ordinario, y que para la cortedad de la vida humana tiene bastantes y sobrados regalos para pasar con alguna quietud. Yo le respondí á todo lo que me preguntó: Aunque aquellos altos riscos y peñas levantadas, por la falta de la co-